





te volaban de tiempo en tiempo los grandes proyectiles, sin causar allí, sin embargo, daños de consideración.

Los daños sufridos por Middelkerke, en cambio, son considerables. En la playa apenas hay una casa que no presente graves daños. Las granjas y graneros de los alrededores, más de una ha sido blanco de los disparos desde el tejado al sótano, y sólo se ahorra un montón de ruinas. No se sabe todavía cuántos desgraciados habitantes han sido muertos o heridos por el bombardeo de esta plaza abierta.

Según dicen los habitantes, los daños son de consideración. El escuadrón con que los ingleses procedieron en el bombardeo, se desprendió de que no respetaron ni la Cruz Roja. Fuera de la ciudad está situado el Hospital de niños «Roger de Grimberghe», bien conocido de todos los que visitan al balneario. A pesar de que cada edificio ostentaba la bandera, visible a gran distancia, de la Cruz Roja, y de que en las paredes de cada una de las barracas estaba pintada la misma enseña, no fue respetado. Una granada de 33 centímetros hizo blanco en las barracas ocupadas por niños, echando a la cueva a ocho niños que estaban en la cama y a su enfermera. Por un milagro, resultaron ileles las niñas; pero la hermana se rompió una pierna. Con igual violencia duró el bombardeo hasta entrada la tarde. Un herido, que estaba en un hospital, contó, durante el bombardeo, más de 300 disparos de los cañones grandes de los buques.

El cañonero tenía por objeto preparar el ataque, que fue emprendido por los franceses, desde Nieuport, por la tarde. Según el parte del mando supremo alemán, fue rechazado con grandes pérdidas para los atacantes; 450 franceses fueron caídos en poder de los alemanes. Comparémosle este bombardeo sin finalidad alguna con aquel otro de las plazas de la costa inglesa, Scarborough, Whitby y Hartlepool, en los buques alemanes, y tendremos una «obra» que los habremos de responder a los que los ingleses por la violación del derecho internacional de gentes. Pregúntese a los desgraciados moradores de Middelkerke, quienes son los bárbaros. El odio de esta ciudad hacia los ingleses es monstruoso.

#### Memoria anual de la Casa Friedrich Krupp, de Essen.

La mayor Empresa industrial alemana de la conocida casa, que, además de los grandes talleres de Essen para efectos militares y otros, posee la fábrica de granos en Tuck, junto a Magedeburgo, el astillero alemán de Kiel, y varias minas de carbón y fábricas de altos hornos, trabaja ahora con un capital por acciones de 180 millones de marcos, y empréstitos por una suma nacional de 52,2 millones. El balance de 30 de junio de 1914 arroja a cada lado del libro Mayor cerca de 612 y medio millones. Sólo los inmuebles alemanes, con nuevas adquisiciones el año pasado, por valor de 32 millones, la enorme suma de 259 y un cuarto millones; esto es, mucho más que el capital y los empréstitos juntos. Aun después de amortizar nada menos que 21 millones por esta cuenta, queda un sobrante. Las existencias eran cerca de 158 millones, nueve más que el año anterior. En valores seguros poseía la casa más de 66 millones, y en valores propios participaciones cerca de 12 millones. Sus créditos bancarios suman más de 44 y un tercio millones. Las ganancias fueron 54 millones, 4,8 más que el año pasado. Con todo, los dividendos, que en años anteriores subieron de 12 a 14 por 100, han bajado a 8 por 100. Así se ahorran, transportados al fondo especial de reservas y por un nuevo saldo de 12 millones, y un tercio millones. Además, ha pagado la Compañía más de cuatro millones de contribución, y cuatro y medio para la Caja de previsión social. Los grandes pedidos hechos a los talleres de Krupp a consecuencia de la guerra, ha inducido a la resolución de elevar en 70 millones el capital. Esta enorme suma se pagará en dos plazos solamente por la familia Krupp.

#### Crónica de Londres

El ocaso del imperio germánico. Lo que dicen del teatro de la guerra. La apertura de la Bolsa.

La final y decisiva derrota del Imperio germánico está, probablemente, muy distante todavía, pero los aliados parecen estar en condiciones de superar los últimos, y hasta seguros del éxito si su vigorosa ofensiva progresa como hasta hoy. El ocaso del Imperio alemán ha comenzado ya, y es un hecho que al iniciarse la decadencia en una poderosa nación, es difícil, sino imposible, contrarrestarla. De ello nos ofrecen ejemplo el grandioso Imperio napoleónico y España misma, dos naciones que llegaron al pináculo de su grandeza y cuya ruina no fue humanamente posible contener.

Merece la cooperación del Mikado, los alemanes han sido expulsados del Extremo Oriente, sufriendo con ello una sensible pérdida, no ya por los muchos millones de marcos que se gastaron en las fortificaciones de Tsing-Tao, sino porque quedan privados de su única posesión en China y de la sólida base para debilitar el comercio británico en Oriente. Todas sus posesiones en Oceanía, Carolinas, Marianas, Marshall, los grupos de Samoa, en el Pacífico y el archipiélago de Bismarck, las ha perdido también merced a la cooperación de Australia y del Japón. La Nueva Guinea, Camerún y Togoland, esta última de las más valiosas del África, se han perdido igualmente con el curso de los súbitos británicos del África del Sur, y merced a este mismo, caerá pronto en manos de Inglaterra lo que le queda a Alemania en el África occidental y sudoccidental.

Sus buques han desaparecido de los siete grandes mares, donde ya no ondea el oriflama germánico, y, a parte de algún que otro raid esporádico, en los que las víctimas se reducen a indefensas mujeres y a inocentes cristianistas, unidos con algunos éxitos submarinos que, a lo sumo, ocasionan sensibles pérdidas al enemigo, las flotas alemanas ya no precisan a mantener una forzosa inacción, totalmente impotentes ante el poderío naval británico. Los continuados triunfos de los franceses en Alsacia, de que nos dan cuenta los partes oficiales; los avances en la Lorena y en Bélgica, a despecho de los esfuerzos titánicos para contenerlos; las derrotas sucesivas en el Cáucaso; las invasiones de la Balcánica, de Hungría, de la Transilvania y de la Prusia oriental, connotadas oficialmente por los desechos de Berlín, se acentúan cada día más. La tentativa teutona de utilizar al Sultán de Turquía y a sus corruptos ministros, para declarar la guerra santa y fomentar el levantamiento general del Islam, ha sido un espantoso fracaso de la diplomacia tedesca, y no el único de que se podía hacer mención.

Verdad es que Alemania ocupa todavía gran parte de Bélgica, algunos puntos del Norte de Francia y el distrito de Alsacia. Pero está, a pesar de ello, infinitamente más lejos de su principal objetivo—la humillación de Francia y la derrota de Rusia—que hace cinco meses. Austria demuestra señales evidentes de cansancio, y su debilidad es manifiesta, y es casi segura la entrada en la lucha de otras naciones, ansiosas de recuperar su libertad, aumentando así el número de adversarios de Alemania, aparte, naturalmente, de las considerables refuerzos que tendrán listos para la primavera, Inglaterra, Francia y Rusia.

En el plan teutón para el dominio de Europa, no entró nunca la lucha contra seis naciones a un mismo tiempo, y, menos, con el concurso de la poderosa Albión, que derumbó de un soplo las esperanzas todas de la camarilla de Postdam. La formidable máquina militar tedesca tropezó con lo que los

cálculos de los «sabios» diplomáticos berlineses no habían contado: el entusiasmo de los adversarios que pelean por su libertad y por su existencia misma. Bélgica, Serbia, Montenegro, nos revelan a cada instante su amor por la causa; Francia ha readquirido la dignidad y la bravura de sus héroes revolucionarios. Las vastas legiones moscovitas se arrojan sobre el enemigo, no como autómatas que obedecen órdenes superiores, sino como un solo hombre sediento de libertad y ansioso de sacudir un odioso yugo. El soldado británico ha crecido a todo cuanto de él pudo esperarse, y la nación inglesa en masa, se prepara con perseverancia aguda de economía, a desempeñar su antiguo papel de dominadora de titanes. El pueblo inglés de hombres y dinero en montón, pese a lo que en contrario diga la Prensa alemana, y está dispuesto a luchar hasta vencer o ser vencido.

Con adversarios semejantes, la tarea ha de resultar demasiado ardua para Alemania sola, ya que puede, sin género de duda, descartarse la cooperación del Turco y de Austria-Hungría, no sólo por su deshecho, sino por haber quedado prácticamente impotentes para constituir un enemigo temible. Los desechos nos anuncian que las derrotas otomanas en la Transcaucasia, han surtido deplorables efectos en la Sublime Puerta y sembrado el pánico en sus habitantes. Y, si por difícil aún más la situación de Alemania, entra en liza Rumania, con Rusia, Serbia y Montenegro, las tropas austro-alemanas verán acorraladas por los ejércitos de guerra encarnados, desde el Báltico al Adriático, y, en tales circunstancias, en labor teutónica, no impresionablemente que ser mucho mayor de lo que Alemania puede dar de sí. Suponer lo contrario, sería crasísimamente erróneo.

Por ello, sin duda, aumentó cada día la violencia teutónica. Lo más saliente que llega a nuestros oídos hoy, es la potencia de la guerra, la profanación de los templos en Bélgica y la prisión del venerable cardenal Mercier, distinguido arzobispo de Malinas y Primado de Bélgica. Sin detención ha causado deplorables efectos en los millones de católicos de Baviera y de la Alemania del Sur, según nos comunican de Amsterdam. Por noticias recibidas en el Gobierno inglés, de sus representantes diplomáticos en Rotterdam y La Haya, sabemos aquí que los alemanes, en su afán de apoderarse de todos los ejércitos de la Pastoral, origen de la prisión del cardenal Mercier, llegan al extremo de detener a los sacerdotes, en el acto mismo de la celebración del Santo Sacrificio de la Misa y de colocar centinelas con bayoneta cargada en los púlpitos, para evitar que los religiosos puedan leer la Pastoral: se ha registrado casa por casa, y se hicieron numerosas detenciones de sacerdotes, a quienes se hallaban en el momento del momento del cardenal Mercier, encerrando a los presos en calabozos y tratándolos con la más terrible dureza.

Por si la Prensa germanófila española calla las noticias que el telégrafo debe haber comunicado, las transmito desde las columnas de El Mundo, en las que sólo damos cabida a la imparcialidad, aun en contra de nuestros intereses propios, a nuestros lectores poseedores de la verdad. En el momento en que estamos defendiendo la causa alemana, en tanto vemos otro soberbio ejemplo que nos ofrece Alemania de su cultura y civilización.

La reapertura de la Bolsa de Londres el día 4 de este mes, y no el primero, como, erróneamente afirmó nuestro colega El Debate, después de cinco meses de cierre forzoso, constituye la prueba más concluyente de la potencialidad financiera de Inglaterra y de la confianza y satisfacción con que el Gobierno británico mira los progresos de la guerra.

El estado económico de los beligerantes se hace cada día más evidente, y está llamado a ser el factor decisivo de la contienda. Mientras Inglaterra conserve su supremacía en los mares, la situación de Alemania irá empeorando cada vez más. Su organización económica ha comenzado ya a sentir esta supremacía británica, según lo confiesa con ruidosa franqueza diario tan autorizado como la Gaceta de Colonia. Todos sabemos que su crédito se ha resentido considerablemente en los países neutrales. La desaparición de su comercio marítimo, tiene consecuencias terribles para la propia existencia de la nación.

El menos perceptible sería de un vistazo la enorme ventaja que la Gran Bretaña tiene sobre su enemigo. El crédito inglés no se ha quebrantado en ninguna parte del mundo; el de Alemania ha perdido un 10 por 100 en todos los países neutrales. El comercio británico de importación y exportación, sólo ha experimentado una paralización parcial que, a la luz de las estadísticas, ha desaparecido. Alemania, ha dejado totalmente de existir. Todos los puertos británicos están abiertos a la navegación mundial; las costas alemanas están bloqueadas por la flota inglesa. La guerra actual cuesta a Inglaterra millón y medio de libras esterlinas diarias; Alemania gasta cerca de tres millones de libras al día.

Estos factores, esenciales en la situación económica de las dos principales naciones en lucha, no puede menos de resultar de un saldo su verdadero sentido. Para vivir, Alemania tiene necesariamente que importar víveres, pese a las manifestaciones de la Prensa alemana, que asegura con desfachatez que el país produce más de lo suficiente para el consumo del pueblo, en toda clase de artículos y productos alimenticios. Que tal afirmación es inexacta, lo sabe hasta el más lerdo. Así figura, acaso, la Prensa germana, que ha inventado que los alemanes en España, crean a pies juntillas la serie de disparates de ruinas de molino con que quieren hacer creer a los países neutrales. Si esto creen, demuestran a todas luces su propia ignorancia.

También sabemos que para proseguir la guerra, se necesita dinero, y que las subvenciones y el dinero los deriva el comercio marítimo y el intercambio de productos; factos que el que se priva de Alemania, que constituye el verdadero núcleo de la riqueza del Imperio alemán. Mientras la flota inglesa domina los mares, la ruina alemana puede considerarse como cierta e inevitable.

Es estúpido negar que Alemania tiene necesidad de la importación para vivir; es público y notorio que el 88 por 100 de su población se mantiene de trigo extranjero. Más aún: sabemos todos que Alemania sólo produce el café suficiente, escasísimo, para el consumo del pueblo durante los primeros nueve meses a lo sumo. Mientras su importación esté paralizada, no podrá aprovisionarse, y, aun suponiendo hipotéticamente que pueda obtener los suministros, la falta de capital, creada por la cesación de su comercio marítimo, y la pérdida de su crédito, le dificultarán los pagos que tiene que hacer al contado, por la imposibilidad de exportar.

En situaciones de este género, Alemania, a pesar de sus largos y elaborados preparativos, se ha resentido ya, y seguirá debilitándose a medida que se prolongue la lucha, y que el teatro de la guerra vaya acercándose a su propio suelo. La baladronada del director del Banco Nacional de Berlín, respecto al empréstito, no puede ser creída ni por personas medianamente ilustradas, ya que es público que se proyectó un empréstito de guerra, estimados y que para cubrirlo hubo necesidad de recurrir a la creación de Bancos hipotecarios, que prestarán el capital sobre los honores del Tesoro, y, así y todo, no logró suscribirse sino 225 millones de libras esterlinas, quedando, por otro lado, depreciado en un diez por ciento el valor de la moneda alemana en los mercados monetarios internacionales. Inglaterra, en cambio, emitió, sin fanfarronadas, un empréstito de 250 millones de

libras esterlinas, y, como se recordará, quedó suscripto en cuatro días, sin haberse depreciado el crédito de la nación.

Destruído el comercio alemán en el extranjero—la verdadera esencia para la vida del país—, no puede aliviar a la riqueza alguna para recuperar siquiera una parte de los artículos descomulgados que ocasiona la fabricación de material de guerra, industria destructora más que productora, y que consume la savia de la nación. El comercio británico, por el contrario, no ha sufrido tanto como en un principio se temió, y, aparte de los enormes gastos que origina la campaña, pierde sólo una fracción relativamente pequeña comparada a la de Alemania.

Derrotada, pues, de Alemania, no es muy difícil, en los campos de batalla o en la bancarrota de la nación, y el hambre de sus habitantes. Ambas cosas irán acercándose, a medida que se prolongue la terrible lucha que presencia el mundo, aterrorizado.

R. G. LLANOS

Londres, 6 Enero 1915.

#### La guerra en el mar

Crucero alemán con aviones.

LONDRES 13 (8.45 m.) El Star, de Petrogrado, dice que el crucero alemán Bremen ha llegado a Wilhelmshaven gravemente averiado por una mina.—Llanos.

Torpederos franceses.

CADIZ 12 (9 m.) Unos pescadores que han regresado esta noche, dicen que al atacar vieron con rumbo a ésta a dos torpederos franceses que pasaron cerca, sin detenerse ni interrogarlos.—G. Campos.

Nuevos buques de guerra ingleses.

LONDRES 13 (11.10 m.) Inglaterra ha transformado en cruceros auxiliares 25 buques mercantes, incorporándolos a su escuadra. Uno de ellos, el Albatros, lleva el pabellón del almirante, que es Dudley de Chair.

Han entrado a prestar servicio seis destroyers y los tres cruceros Carolina, Cordelia y Antelope.—Llanos.

Ataque naval combinado.

PARIS 13 (9 m.) Un telegrama de Atenas que publica The New York Herald, dice que las escuadras rusa y franco-inglesa han recibido órdenes de realizar un ataque combinado al Bósforo y a los Dardanelos.—René Lezal.

Crucero embotellado.

PARIS 13 (1 m.) Telegrafía desde El Cairo que el vapor Assuan ha sido echado a pique de intento, lo mismo que algunos barcos carboneros, en la desembocadura del río Nílo, cuando quedó efectivamente embotellado el crucero auxiliar alemán Königsberg.—René Lezal.

#### La guerra en el aire

Volando sobre París.

PARIS 12 (10 m.) Dos aviones alemanes han intentado volar sobre esta capital. Uno voló en dirección a Montdillier, y el otro, en dirección a Dammarville, volaron a su encuentro aviones franceses, los alemanes desaparecieron.—René Lezal.

#### En el Japón

Contrabando de guerra.

La Sección de política del ministerio de Estado anuncia en la Gaceta de hoy que el Gobierno del Japón ha dispuesto que durante el actual estado de guerra serán considerados por su país contrabando de guerra, absoluto o condicional, los objetos y materiales siguientes:

Contrabando de guerra absoluto.

- 1.° Las armas de todas clases, incluso las de caza, y las piezas sueltas de las mismas.
- 2.° Todo género de proyectiles, balas, pólvora para fusil, para cañón, paquetes de municiones, con todo aquello que pueda considerarse un componente de estos artículos.
- 3.° Pólvora de fuego y artículos explosivos fabricados especialmente para usos de la guerra.
- 4.° Carreñas, furgones, camiones, carros de transportes militares, utensilios de herrería de campaña, así como las piezas sueltas de estos vehículos.
- 5.° Efectos de vestuario y equipos militares característicos.
- 6.° Arneses militares característicos de todas clases.
- 7.° Materiales de ingeniería militar, fabricados especialmente para ser empleados en la guerra.
- 8.° Animales de silla, tiro y carga, utilizables en la guerra.
- 9.° Materiales propios para el acarreo de tropas y sus piezas sueltas característicos.
- 10.° Planchas de blindaje.
- 11.° Buques de guerra y embarcaciones destinadas para entrar en combate, así como sus piezas sueltas característicos.
- 12.° Aeroplanos, dirigibles, globos y cualquier aparato de aviación, así como sus piezas sueltas característicos; accesorios, artículos y materiales que puedan ser empleados en los aparatos de aviación.
- 13.° Aparatos e instrumentos destinados exclusivamente a la fabricación y reparación de armas y materiales utilizables en el Ejército y en la Marina.

Contrabando condicional.

- 1.° Viveres.
- 2.° Forrajes y cereales propios para la alimentación de los animales.
- 3.° Prendas de vestir, tejidos que se emplean en ellas y el calzado propio para usos militares.
- 4.° El oro y la plata amonedados o en lingotes, y el papel moneda.
- 5.° Todo género de vehículos utilizables en la guerra, así como sus piezas sueltas.
- 6.° Toda clase de navíos, barcos y canoas, diques flotantes, elementos del fondo, así como sus piezas sueltas.
- 7.° Material fijo y móvil de ferrocarril, material de telegrafía, telegrafía sin hilos y telefonía.
- 8.° Combustibles y materias lubricantes.
- 9.° Pólvoras y explosivos que no estén especialmente hechos a la guerra.
- 10.° Alambres de puntas, así como los instrumentos que sirven para instalarlos cortantes.
- 11.° Herraduras de caballo y material de herrados.
- 12.° Objetos de talabartería.
- 13.° Gemelos, telescopios, cronómetros y todo género de instrumentos náuticos.

#### LA SITUACIÓN EN EL BRASIL

##### Dos españoles asesinados

Un periódico de la mañana ha recibido de Pontevédril el siguiente telegrama: «Por noticias oficiales del consúl español en Curitiba (Brasil), y cartas particulares recibidas aquí por familias que tienen deudos en poblaciones brasileñas, se sabe que el día 21 de Noviembre algunos fuerzas de la Guardia Nacional, al mando del coronel Fabricio Assis, asaltaron la ranchería de José Liro, en Puerto Marculino y después de saquearla, prendieron a cuantas personas había en ella. Las amarraron de dos en dos por el cuello, las llevaron en lanchas por el río Iguaçu y a poca distancia del rancho las degollaron. Estas fuerzas del Gobierno brasileño venían realizando robos y asesinatos en cuantidades y en sus jefes. Entre las personas degolladas hay dos hijos de Pontevédril: Isidoro y Evaristo Mirón».

#### DIARIO DE UN ARGELINO

##### La gran guerra europea contada por un soldado

El combate de Bertrichamps.

A poco de llegar nosotros al emplazamiento del cerro, vimos arribar por nuestra derecha a los alpinos, que habíamos encontrado en el bosque.

Salieron de los senderos que bajaban del bosque alto, sobre el camino de Baccarat, a orillas de un prado verdeguante, cercado de abetos y de matales. Parte de la fuerza se diseminó por la arboleda, haciendo parapetos de los setos vivos. La artillería se situó en los puntos más altos, y las ametralladoras fueron emplazadas en los intervalos de la infantería, al abrigo de las abundantes zarzas que bordeaban el prado.

Se trataba de dominar el camino, que por otra parte podíamos nosotros cubrir fácilmente de metralla, a una señal dada. Desde la altura contemplamos con viva curiosidad estos movimientos preparatorios, verificados con rapidez y orden admirables, a los sonidos, no de cornetas ni clarines, sino de un simple pit, sabiamente manejado por el teniente coronel.

Los cazadores alpinos acabaron por ocultarse tan perfectamente en las sinuosidades del terreno, que sólo nosotros, que los habíamos visto realizar la maniobra, hubiéramos podido distinguir su presencia. Alguien calzón blanco, alguna punta de faja gris flotando al viento, alguna boina oscura, alguna mochila demasiado voluminosa, sembrados entre la fronda, delataban a nuestros ojos la presencia de aquella fuerza. Por la parte del camino era absolutamente imposible distinguirlos.

Esta excelente tropa hallaba los Vosgos «bastante buenos»; pero, desde luego, muy inferiores a sus incomparables Alpes.

A las dos y quince nos llegó la orden de poner en batería nuestras piezas, un poco a la derecha del lugar que ocupábamos, frente por frente a las espesuras del río, que era imposible distinguir entre aquel océano de luxuriante verdura. La práctica adquirida en la campaña nos hizo avanzar fácilmente que nuestro papel se reducía a proteger la acción principal de la infantería de línea que tenían a cien metros, debajo de nuestros pies. Lo que nos inquietaba y nos tenía absortos era el no haber visto a nuestro regimiento de tiradores. Ni una sola unidad de nuestra brigada se hallaba a la vista. ¿Dónde se ocultaba, pues?

En siete minutos, se hizo el emplazamiento de la batería. Nuestros cañones, desfundados y sólidamente asentados sobre la tierra vegetal de la meseta, se hallaban completamente ocultos tras la cortina de monte bajo, chaparros, pequeños pinos, maleza de zarza y carrascales que bordeaban el acantilado. Podíamos creernos a cubierto. Se hubiera necesitado el ojo de Argos para distinguir una sola de las abiertas bocas de nuestros ri-maillos. Aunque todavía no estoy familiarizado con la maniobra, el servicio de la batería es tan sencillo, que, con una pequeña explicación y la ayuda de las camaradas, pude aquí dar cumplimiento decorosamente mi cometido. No sé si he dicho que al salir de Rambervillier dejé depositada en el hospital mi famosa muleta. Las risas de aquel pillastre de parisién y la leve burla que creí notar en las sonrisas de mis compañeros, me decidieron a dar por terminada mi convalecencia. Realmente ya no sentía nada en el pie, y sólo cuando por descuido pisaba en falso me daba un golpe, notaba cierto adormecimiento anormal en el dorso del pie.

A las tres y media oímos los primeros tiros. Fué una descarga cerrada, allá abajo, entre los árboles, probablemente en la orilla del río. Luego, nada. Pasaron diez minutos de inquietud mortal, esperando el eco de nuevas descargas, y, cuando ya creíamos que pudiera tratarse de alguna falsa maniobra, empezó a sonar el estrepito ronco de los cañones, como un eco lejano procedente de una tempestad entre las sierras. Al principio oímos los disparos con intervalos regulares de medio minuto. Pronto se fué acelerando el fuego, y a las tres cincuenta, el estrepito llegó a su colmo. Se tiraba sin descanso, y por el tono diverso de los estampidos, conocimos que se había entablado un duelo entre nuestra artillería y la enemiga. Ello debía ser a más de tres kilómetros de distancia, sobre nuestra izquierda.

Nosotros ocupábamos nuestros puestos, prontos a entrar en fuego. Arrodillado ante el armón de las municiones, con las puertas abiertas, tenía a mi lado a un árabe, antiguo sirviente de la batería, encargado de facilitar las espoletas de tiempo. Mi papel era bien sencillo: alcanzar los cartuchos. El árabe escuchaba atentamente el rumor creciente del combate, y se reía, enseñando unos dientes deslustrados, a través de su barba espesa, negra, mai cuidada.

Un cabo, al pasar junto a nosotros, dió un capón cariñoso al musulmán, dándole la chechia dentro del armario de los cartuchos.

—¿Had a habibi!—exclamó el árabe, riendo. —(Este es mi amigo).

—Entouma nas mlah!—le contesté en su propio idioma. —(Si vas buena gente)!

El moro se puso muy contento al saber que podía comunicarse conmigo en su lengua, y empezó a hablarme en algarabía, relatándome de antemano el gran combate a que íbamos a asistir.

Según él, nuestros cañones eran invencibles, y podíamos destruir a mansalva cuantos alemanes osaran aparecer ante el bosque.

—¿Ves todo eso?—decía, señalándome las espesuras del llano—. Antes de media hora todo será una hoguera.

Y reía a carcajadas, pensando en el placer de destruirlo todo a plomo y fuego. Le pregunté dónde creía él que estaba el enemigo.

—A la issareh!—me contestó, sin vacilar.

Y así era la verdad, pues el eco del combate se acercaba cada vez más por nuestra izquierda.

Porfía que los alemanes trataban de forzar el paso del camino de Baccarat, en cuyo caso vendrían a caer en la emboscada de los alpinos. Esta opinión era general en la batería. Nuestros oficiales tenían fijos los geneses de campaña en la arboleda que se extendía al otro lado de la carretera de Baccarat.

De pronto oímos tronar el cañón frente a nuestro bosque, en dirección al río. Sonaba muy cerca, tan cerca, que, de no existir la espesura de las huertas, que li-

mitaba nuestro horizonte por aquella parte, hubiésemos distinguido seguramente el humo de la pólvora. El tono seco, rítmico, de los disparos, nos hizo conocer que se trataba de cañones franceses. Ya creo haber dicho en otra carta anterior que las piezas alemanas, más sonoras y retumbantes que las nuestras, tienen una voz inconfundible con la que exhalan las fauces de nuestros ri-maillos.

A poco, el fuego se fué corriendo hacia la derecha, y a las cuatro y diez, sonaba la artillería en toda la línea del frente, cuya extensión no bajaría de cuatro o cinco leguas. Nosotros oíamos el tremendo duelo entablado, sin poder tomar parte en él. No podíamos avanzar, pues ya he dicho que nos hallábamos al borde de un acantilado. Estábamos, por lo que podíamos juzgar, en segunda línea. Tal vez cubriendo una probable retirada. Nuestro emplazamiento pertenecía a la reserva, y por el momento no podíamos ser útiles a las fuerzas combatientes.

Hacia las cuatro y media, vimos surgir de pronto, por un camino que se abría entre las rocas, a dos kilómetros de nuestra derecha, la brigada colonial de nuestra derecha parte. Debía haber dado un largo rodeo por el Sudeste del bosque que teníamos a nuestra espalda. Mi regimiento marchaba a la cabeza. No tenía necesidad de gemidos para distinguirse. Las siluetas de nuestros jefes, a caballo, no eran tan familiares, que era imposible equivocarse.

Marchaba la brigada en correcta formación de ataque, la caballería de los spahis al frente y las compañías de exploradores desfilando en los flancos.

Toda nuestra atención se fijó en las camaradas. Estos habían descendido de la altura, dirigiéndose ahora en línea recta hacia la arboleda del río, en la cual se fueron sumiendo, como un reptil gigantesco en su agujero. Al cabo de media hora, sólo quedaban a la vista las acémilas y los carros del repuesto.

El fuego seguía intenso, constante, en todo el frente. La fusilería debía ser absorbida por el tronar de los cañones. El estrepito llegó a ser continuo, como el de una catarata. Ya era imposible distinguir el tono particular de las distintas armas, fundido en el fragor general de la terrible contienda.

Esperábamos. Esperábamos siempre, sentados en el suelo, en cuclillas, tendidos sobre la yerba. Sólo los oficiales permanecían de pie, escrutando el horizonte con los prismáticos.

De repente oímos un cañonazo a nuestros pies. Parecía como si hubiera estallado inopinadamente una de aquellas granadas, que yo tenía al alcance de mi mano. Olvidando la consigna, nos pusimos en pie de un salto. Una segunda detonación nos despejó la duda. Eran los cañonazos de los alpinos los que hacían fuego, a doscientos metros de nuestro emplazamiento. Como la sorpresa nos había desconcertado un poco, el capitán, con tono colérico, nos ordenó volver a nuestros puestos. Los cañones de montaña seguían hablando. ¿A quién interrogaban? Alargando el cuello, sólo podíamos distinguir el humo de los disparos, cerrándose y desgarrándose entre las ramas de los abetos. Más allá, el camino desierto y silencioso. En la lejanía, el bosque, siempre el bosque, impenetrable y cerrado a nuestras curiosas miradas.

Nuestro capitán, que durante dos minutos había estado examinando atentamente el fuego de los alpinos, giró de pronto sobre sus talones, y gritó con voz incisa y fuerte.

—En posición sobre aquella casa del fondo! ¡A mi seiscientos metros!—y señalaba, con el brazo extendido, un lindo parquillo del otro lado de la carretera, en medio del cual destacaba un tonos rojos un tejado que reverberaba sobre el tono negro de los pinos, herido por los rayos del sol.

Los oficiales fueron repitiendo la orden, y, en menos de tres minutos, quedó variado el emplazamiento de las piezas, que ahora apuntaban a la izquierda, alargando sus bocas sobre el prado que ocupaban los alpinos.

Mi cañón quedaba así el primero de la izquierda.

El árabe cogió la primera espoleta, señalándome el casillero que me correspondía. —Khair han! (Todo va bien!)—añadió riendo.

Nuestra pieza pompió el fuego, secundada en breves segundos por toda la batería. Tirábamos sobre aquel tejado rojo. Los primeros disparos cayeron en el parque, levantando grandes columnas de humo y de polvo. Una pequeña rectificación de veinticinco metros, y al cabo, tuvimos la satisfacción de ver que nuestras granadas caían a plomo sobre las tejas, haciéndolas volar en todas direcciones.

Fué en menos tiempo del que se emplea en contarlo. El tejado ya no brillaba al sol. En su lugar, una columna de humo negro, subía hacia el cielo, entenebreciendo el paisaje de la arboleda.

En las orillas del Meurthe, 1 de Septiembre de 1914.

POR TELEGRAMA

##### NIÑOS SEPULTADOS

Tres muertos y un herido.

BADAJOS 13 (9 m.) Sr. Villanueva de la Serena se derrumbó el muro de una fábrica sepultando a cuatro niños.

Audieron inmediatamente los obreros y procedieron al salvamento.

Los niños Juan Tapia, Jesús Cortaliza y Juan Tejada eran ya cadáveres, y Francisco Vicente Vellido sufrió graves heridas.

La desgracia ha producido honda impresión.—Rodríguez.

##### UN AUTOBOMBO

Hoy fué facilitada en el Ayuntamiento a los periodistas la siguiente nota:

«Durante el año que acaba de terminar, la Comisión de Obras del Ayuntamiento, que preside el primer teniente de alcalde, señor Díaz Agero ha despachado 96 asuntos en las sesenta sesiones que celebró, descomponiéndose dicha cifra del siguiente modo: Construcciones, 499; ascensores, 20; alumbrado, 30; dotaciones, 22; fontanería alcantarillas, 37; Gran vía, 13; expropiaciones, 44; personal, 41; proposiciones, 69; tranvías, 16; reformas urbanas, 5; vía pública, 55; honorarios a peritos terceros, 6; saneamiento de las aguas, 30; propiedades, 10; Telefonos, 7; subvenciones, 20; derribos, 3; fianzas, 10; monumentos, 4, y varios, 4.

La mayoría de estos asuntos han sido objeto de dictamen al Ayuntamiento, y de larga deliberación en el mismo.

Las anteriores cifras habrán muy bien en favor de los señores concejales de la Comisión y de la constancia de su presidente en reunirlos periódicamente.»

#### EL AYUNTAMIENTO COMPLICADO

##### Los negocios de las Sacramentales

La odisea de un doncelante.

Del estudio de los antecedentes históricos del examen de su modo actual de vivir







